

## EXPERIENCIA BENEDICTINA DEL ACOMPAÑAMIENTO<sup>82</sup>

No es raro hoy, tanto en la Iglesia como en la vida monástica, que se subraye la importancia de un acompañamiento espiritual para quien quiere vivir con seriedad su vocación de creyente y de bautizado. La necesidad del acompañamiento se impone tanto más cuanto nuestro medio ambiente sociológico más se aleja de los valores de la fe cristiana y faltan señales para balizar los caminos del comportamiento y de la oración. Desde el comienzo, la formación monástica se ha apoyado siempre en un acompañamiento, prolongado además mucho más allá del tiempo de la iniciación. ¿Quién no ha tenido esa experiencia, incluso hoy, en el seno de la tradición benedictina? Experiencia feliz y fecunda normalmente, pero también riesgo de estrechez y de muerte, si la experiencia se esquematiza y es aplicada sin discernimiento a quienquiera que busque lealmente su camino hacia Dios. Los jóvenes están particularmente expuestos a las desviaciones de un acompañamiento mal orientado y los daños que traen como resultado se manifiestan a menudo dolorosos. Por eso, tal vez no es inútil, paralelamente a la experiencia personal, recorrer de manera simultánea la *Regla de san Benito* y la Escritura para comprender mejor las exigencias de un verdadero acompañamiento y para apartar las trampas que en todo tiempo se encuentren en el itinerario. Las reflexiones que siguen responden a las preguntas que plantearon un equipo de sacerdotes deseosos de profundizar en este aspecto de su ministerio. Hemos conservado el tono de la exposición oral.

### ¿Qué es el acompañamiento?

Si se lo pregunto a la *Regla*, constato que la realidad del acompañamiento cubre un campo mucho más extenso y mucho más diversificado que el que se le atribuye habitualmente hoy. Toda relación humana vivida a la luz de la fe, puede ser, en cierto modo, experimentada y comprendida como un “acompañamiento”. ¿Acaso el acompañamiento no es siempre una relación humana donde están involucradas dos personas en búsqueda de una misma meta? San Benito la define claramente: “llegar a su Creador”. El objetivo es último: *la vida eterna* (*RB, Pról. 42*), no solamente la vida del más allá, después de la muerte biológica, sino ya la vida humana de hoy en cuanto ella no está totalmente destinada a la muerte.

Llegar allí –acceder a esta dimensión profunda de la existencia cotidiana– se presenta como una urgencia, una exigencia de primordial importancia que requiere prisa o solicitud. En el camino que conduce a la meta hay que *correr*, y *correr por el camino recto* (*RB, Pról. 42-44; 73, 4*) porque esta carrera no es ciega. Está guiada por la “luz de Dios” y por su Palabra en la Escritura.

El camino sin embargo es largo, muy largo y muy peligroso para recorrerlo solo. Trae aparejado riesgos que hay que enfrentar *juntos*, –*pariter*– (*RB 72, 12*), por lo tanto, acompañados. La comunidad desempeña la función de una “armada fraterna” en la que los miembros se sostienen y se estimulan mutuamente (*RB 1, 4; 22, 2*). Así el acompañamiento se presenta como una realidad cotidiana, una responsabilidad compartida por todos, pero de manera diferente.

### Un acompañamiento acompañado

*El ángel Rafael: un ícono del acompañamiento*

---

<sup>81</sup> Priora del Monasterio de benedictinas de *Notre-Dame*, en Ermeton-sur-Biert (Bélgica).

<sup>82</sup> De *Collectanea Cisterciensia* 67 (2005) 5-18. Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, de la Abadía *Gaudium Mariae*, Córdoba, Argentina.

Nadie puede acompañar si él mismo no está acompañado. El guía principal de todo acompañamiento es la Palabra de Dios. Para san Benito, el camino hacia Dios se recorre *per ducatum evangelii* (RB, Pról. 21), tomando como guía el Evangelio, escuchando *lo que el Espíritu dice a las Iglesias* (RB, Pról. 11) en cada página del Antiguo y del Nuevo Testamento. Además, la enseñanza de la Palabra de Dios va alternándose con toda la tradición, es decir con la enseñanza de los Padres y con sus ejemplos (RB 73, 3-6). De generación en generación, cada uno se sitúa así como el eslabón de una cadena donde la Palabra de Dios es recibida y transmitida, desde un acompañamiento al otro.

El libro de *Tobías* se me presenta como una de esas páginas del Antiguo Testamento que puede precisamente “acompañarnos”, guiarnos, en la práctica del acompañamiento. La figura del ángel Rafael nos ayuda a considerar algunos aspectos de la identidad y de la función del acompañante enviado por Dios para conducir a buen fin el viaje del joven Tobías.

Éste, en plena situación de angustia heredada de su padre, recibe de él el encargo de llevar a buen término la gestión que asegurará su propio porvenir. Su viaje lo conducirá hacia un país desconocido para traer consigo con qué sobrevivir, pero contiene otra significación, mucho más importante y que sólo Dios conoce: escuchar la oración de los desdichados y permitir que la salvación preparada por Dios se realice. El acompañamiento es siempre una “historia de salvación” en un camino hacia la vida eterna.

## **El acompañado**

Con su inexperiencia, su juventud, su incapacidad para alcanzar la meta del viaje, el joven Tobías representa a cada uno de nosotros en nuestro itinerario hacia Dios. Todos, en cuanto existimos, tenemos que enfrentarnos con algo que nos sobrepasa, y buscamos orientarnos a través de un paisaje incierto, para llegar a una meta deseada pero desconocida por definición. El mundo no se divide en acompañados que buscan y en acompañantes que guían. Todos, cada uno a su modo, somos a la vez el uno y el otro.

## **El acompañante**

Según el viejo Tobit, el acompañante que busca para su hijo debe ser *alguien de confianza*, un buen guía con quien poder contar. Es feliz al reconocer en Azarías (alias el ángel Rafael) a *un pariente, del mismo tronco y de buen linaje*. Es porque debe haber entre el acompañante y el acompañado cierta afinidad, una especie de connivencia previa, innata y profunda (Tb 5, 3-4; 11-14). Rafael se presenta a Tobías como *un hermano que viene a buscar trabajo por este lugar*. El acompañante no es un “superior”, un especialista, sino más bien alguien cercano, un amigo, alguien que se encuentra circunstancialmente, pero que interviene sin embargo con conocimiento de causa, apoyado en una larga experiencia (Tb 5,5-7).

Para Benito, su proximidad reviste múltiples rostros: el de un padre hacia su hijo, el de un maestro hacia su discípulo, el de un hermano mayor o el de un anciano hacia alguien menor, o incluso el de un cómplice (*senpecta*, RB 27,2: designa a un hermano encargado por el abad de consolar en secreto al culpable castigado). Estos diferentes rostros del acompañante son determinados a la vez por los acontecimientos de la vida, que varían, y por las diferentes necesidades de quien es acompañado.

Por eso la cualidad principal del acompañante será ser *aptus ad lucrandas animas* (RB 58,6) –*apto para ganar almas*– porque es capaz de *acomodarse a los temperamentos de un gran número* (RB 2,31) y de *variar las actitudes según las circunstancias* (RB 2,24). El acompañamiento es un emprendimiento que requiere simpatía recíproca, pero también suavidad y adaptación psicológica. Es en primer lugar una tarea de proximidad, de comunicación y de comunión.

Tobías no sospechaba que su compañero era un ángel. Un “ángel”, es decir un enviado, un mensajero al servicio de una misión confiada por otro y que venía de otro lugar. Rafael era

*uno de los siete ángeles que están siempre presentes y tienen entrada a la Gloria del Señor para presentarle las peticiones de aquellos junto a quienes era enviado (Tb 12,12-15). El acompañante se define no solamente respecto de su misión sino sobre todo respecto de Dios, que lo envía. Se mantiene próximo a quien acompaña en la medida en que se mantiene en presencia del Señor. Su propia relación con Dios es el fundamento de su misión y, para san Benito, su oración es el instrumento supremo, el más eficaz, de esa misión (RB 28, 4).*

Pues hay, en el acompañamiento, algo que está por encima de las personas involucradas y que ocurre sin que lo sepan. El acompañamiento no es una función, una profesión. Es un don gratuito concedido por Dios a las dos personas que lo viven. Uno no busca un acompañante a su medida; lo recibe. Uno no se propone a sí mismo como acompañante; responde a un llamado. Esta distancia es necesaria. Uno no domina, ni para sí ni para los demás, los caminos que conducen a Dios.

### **Acompañar, ¿hacia qué? o ¿hacia quién?**

“Buscar a Dios”, “querer la vida eterna” son fórmulas clásicas pero que suenan también de modo muy abstracto. ¿Qué busca concretamente aquel que busca a Dios, cuál es su deseo profundo? ¿Su deseo corresponde, en realidad, con lo que pretende buscar? Acompañar es verificar la autenticidad del deseo; es también, discernir, someter a prueba, escoger los caminos justos para llegar a su realización.

El verdadero deseo de Dios no se refiere a tal o cual género de vida sino ante todo a una persona, *a Aquel que nos llama a su reino (RB, Pról. 21)*. El verdadero deseo es el del amor, eco de un encuentro personal. La decisión hacia la cual conduce no es la conclusión de un razonamiento abstracto o desencarnado, sino un compromiso de vida. El acompañamiento es siempre, de un modo o de otro, una educación en el amor. Porque el auténtico deseo de Dios se expresa en una forma doble verificada por el acompañamiento:

#### *El atractivo por la vida y por la felicidad*

Buscar a Dios es querer ser feliz. El acompañamiento no es un ejercicio ascético o una tortura moral. Se lo vive en la alegría porque hace avanzar hacia la felicidad. El ángel Rafael, cuando se dirige a Tobías por primera vez, comienza sus palabras con deseos de felicidad. El verdadero acompañante despierta al acompañado hacia el deseo de su felicidad. Se une a ese deseo que hay en él y lo abre a su realización. El prólogo de la *Regla de san Benito* retoma la llamada del salmo: *¿Hay alguien que quiera vivir y desee pasar días felices? (RB, Pról. 15)*. La ruta por donde el acompañante y el acompañado marchan juntos debe ir ensanchándose. El itinerario puede ser trabajoso, pero dilata el corazón. Para Benito esta dilatación es signo de progreso y el progreso va siempre en el sentido del amor. Gracias a las palabras de Rafael, Tobías ha descubierto la existencia de Sarra y encontrado el amor de su vida. *Cuando Tobías escuchó hablar a Rafael, supo que Sarra era su hermana, y la amó hasta el punto de no poder más desprender de ella su corazón (Tb 6, 18)*.

#### *La preocupación por hacer la voluntad del otro*

Mas la felicidad de amar no es una felicidad egoísta o fácil; está hecha de preocupación por el otro. El deseo de la vida trae consigo necesariamente un descentramiento de sí. Acompañar es ayudar a dejar de mirarse a sí mismo para dar al otro y a los otros todo su lugar. *No mi voluntad sino la tuya*. Quien es acompañado no busca en el acompañamiento la confirmación de su propio proyecto. El acompañante no busca tampoco guiar hacia un objetivo preciso ya fijado por él. Uno y otro avanzan juntos buscando encontrar la voluntad de un tercero, la de Dios, que no es conocida a priori sino que se revela de acuerdo con las circunstancias y con la docilidad con la que son recibidas. La educación en el amor verdadero

trae consigo también una educación en la obediencia, en el *bien de la obediencia* (RB 71,1). Aprender a amar es aprender a obedecer, en el sentido muy extenso de preferir el otro a sí mismo. El acompañante y el acompañado tienen juntos y recíprocamente esta experiencia.

## **Acompañar, ¿por qué?**

### *El riesgo de perderse*

No hay seguridad para ninguna persona de que *busca verdaderamente a Dios* (RB 58,7). Frente al recién llegado a la vida monástica, Benito recomienda ante todo *probar los espíritus para discernir si son de Dios* (RB 58,2). El acompañamiento es un poner a prueba en el sentido de que se trata de poner al acompañado en situación de que sean reveladas sus motivaciones profundas y reales. *Amigo, ¿a qué has venido?* (RB 60, 3). San Benito dirige esta pregunta al sacerdote tentado de entrar en la vida monástica. El tono es un poco amenazador. Sobreentiende motivaciones ambiguas. Porque *hay caminos que les parecen derechos a los hombres, pero al fin van a parar a la profundidad del infierno* (RB 7, 21). Una buena voluntad mal iluminada, por demasiado sola, puede conducir a la catástrofe.

### **La trampa del ideal**

La principal trampa que hay que descubrir es la del “ideal” o de la perfección –en el lenguaje tradicional antiguo, la de la “vanagloria”–. Se presenta en todos los niveles: el de la ascesis, de la vida espiritual, incluso de la oración, también en el ámbito del trabajo (RB 49,8-10; 57,2). Contentarse simplemente con la vida tal cual es, es para Benito un criterio de madurez espiritual (RB 7,49; 61,2). En todas partes y siempre, hay que abatir la fascinación de la excelencia.

El acompañamiento, por su parte, consiste más bien en reconciliar al acompañado con su pobreza. El acompañante ayuda a sacarla a la luz, a reconocerla, a aceptarla. Hace posible la manifestación de la verdad; tranquiliza, no debe juzgar, nunca se escandaliza, puede escuchar todo, sin apropiarse jamás de lo escuchado. En eso, engendra a la vida: es padre. Porque las heridas psicológicas o morales existen. Sacarlas a la luz es cuidarlas, comenzar a curarlas. El acompañamiento contribuye a ello con la condición, precisa san Benito, de que el acompañante *no las descubra ni las divulgue* (RB 46,5). Son ellas las que a menudo, disimuladas o mal curadas, hacen desviar del “camino recto que conduce al Creador” y desorientan en el atolladero de sí mismo. Aquí, el acompañante se torna médico.

### *El arte de la libertad*

Pero este poner al descubierto la propia verdad es también el primer paso en *el aprendizaje del arte espiritual* (RB 4) que se practica gracias a la escucha y a la obediencia de la fe. El acompañante entonces se convierte en maestro que ayuda a progresar en el camino de la libertad respecto de sí mismo, de la confianza, de la autonomía y del amor. Esa es precisamente, en efecto, la meta del itinerario: llegar a ser libre para ser capaz de amar. La meta y el motivo.

Ese camino es largo. Su extensión expone al desánimo. El acompañante está allí, no sólo para poner a prueba la perseverancia sino también para sostenerla, respetando siempre la libertad. En cada etapa del itinerario, recuerda al acompañado que “es libre para retirarse” (RB 58, 10). El recuerdo regular de esa posibilidad es la condición para que el acompañado se comprometa de manera personal y siempre nueva en el camino de su propio llegar a ser.

## **Acompañar, ¿cómo?**

### *Por la atención y la “discreción”*

La primera modalidad –fundamental– del acompañamiento es discreta y silenciosa. Consiste en una vigilancia atenta y solícita. Se trata de poner en práctica un sentido de observación de lo esencial: no de los comportamientos exteriores, sino de la persona. Acompañar es estar ahí. Es también vigilar para que las condiciones concretas de la existencia no comprometan la vida y la libertad espirituales (RB 48,18). Se trata ante todo de calibrar los límites de la naturaleza humana y de cada uno. Es necesario conocerlos y respetarlos, prevenir en caso de necesidad, estimular el sentido del discernimiento y de la moderación –*Si fatigo a mis rebaños, perecerán todos en un solo día (RB 64,18)*–, a fin de *que los fuertes deseen aún más y los débiles no se desanimen (RB 64,19)*. Gracias a esta “discreción”, cada uno va a dar lo mejor de sí mismo y es colocado en la situación favorable para proporcionar el máximo de fruto posible. El acompañamiento comienza por esta vigilancia cariñosa y benévola. Esa atención ordenará, siempre, tanto las palabras como las acciones de aquel que acompaña.

### *Por la palabra*

#### - Alentar:

De un modo general, la palabra del acompañante incita a la confianza, a una confianza apoyada en Dios y en la fe en Él. Desde que Rafael se encuentra con el viejo Tobit, comienza por dirigirle estas palabras: *Ten confianza, que Dios te curará dentro de poco. Ten confianza (Tb 5,10)*. Respecto del joven, le dice: *Partiré con él y no abrigues temor; sanos partimos y sanos regresaremos a ti, porque la ruta es segura. (Tb 5,17)*. Más adelante afirmará nuevamente al joven: *Tengo por seguro que se abrirán los ojos de tu padre (Tb 11,7)*. El acompañante está ahí para estimular, animar, hacer avanzar, confirmar, y si es necesario, tranquilizar. Como un padre, desarrolla ante todo una pedagogía de la vida, del amor: Benito aconseja al abad *procure más hacerse amar que hacerse temer (RB 64,15-16)*, *no ser agitado, ni envidioso, ni suspicaz. ¿Acaso los monjes no deben poder amarlo con un amor humilde y sincero (RB 72,10)*? Nada puede construirse sin amor y sin confianza recíprocas.

#### - Aconsejar y discernir:

Frente al peligro, en los momentos críticos, el acompañante podrá advertir, intervenir incluso para dar una orden o para impedir una acción, o también para formular claramente un consejo: *El muchacho gritó [...] el ángel le dijo: “¡Agarra el pez y tenlo bien sujeto!” [...] “Abre el pez, sácale la hiel, el corazón y el hígado” (Tb 6,5-6)*. Los consejos del verdadero acompañante no intimidan. Todo lo contrario. Como los de un buen pedagogo o de un buen maestro, abren al diálogo, al discernimiento y a la decisión personales. Sus órdenes son fecundas, sus prohibiciones positivas.

El acompañante ayuda al acompañado a descubrir alrededor de él los acontecimientos portadores de vida; los señala, los aclara, le propone tomarse de ellos, le explica sus desafíos o sus eventuales riesgos. Le hace igualmente tomar conciencia de sus derechos y de sus deberes y le hace ver sus responsabilidades: *Pararemos esta noche en casa de Ragüel [...] fuera de Sarra, no tiene más hijos ni hijas [...]; es una muchacha seria [...]. Tú eres el pariente más cercano; ella te corresponde; tienes más derechos sobre ella que todos los demás [...] ¿Has olvidado las recomendaciones de tu padre? [...] Tú la salvarás [...] El demonio huirá y nunca aparecerá ya a su lado (Tb 6,11-18)*.

#### - Suscitar preguntas y confirmar en la confianza:

Pero acompañar es también suscitar preguntas, incluso objeciones, y responder a ellas con nuevas instrucciones. Tobías no teme interrogar a Rafael sobre el remedio contenido en la hiel del pescado, no duda en informarlo sobre las desdichas de Sarra y del peligro de aproximarse. Pero su objeción da nuevo impulso a la intervención y a los consejos de Rafael:

*No tengas miedo a ese demonio [...] Solamente, cuando entres en la cámara nupcial, tomas el corazón del pez y parte del hígado... (Tb 6,7.17).* El acompañado participa en el discernimiento a través de su propia reflexión; el acompañante no se lo impide, se le une y sigue su paso mientras lo orienta.

Al término del diálogo, el acompañante puede tranquilizarlo absolutamente. La toma de decisión es madura. El acompañado es confirmado en la confianza: *No tengas miedo, porque para ti está destinada desde el principio. [...] No te preocupes (Tb 6,16-18).*

- Como un fruto maduro:

El acompañante es a la vez un maestro que hace pensar e instruye, un anciano que transmite su experiencia, un interlocutor, un compañero de camino que reconforta. Gracias a la reflexión compartida, a la incitación a obrar, al intercambio, a las preguntas, a las aclaraciones dadas, la decisión puede finalmente surgir en la paz. Llega como un fruto maduro, no provocado, forzado desde fuera, sino que llega por haberse obrado un cambio interior en el corazón del acompañado, una maduración que le es propia y que lo ha transformado: *Cuando Tobías oyó las razones de Rafael y que era hermana suya, del linaje de la casa de su padre, se enamoró de tal modo que se le apegó el corazón a ella (Tb 6,18).* El fruto del acompañamiento no llega como la conclusión de un razonamiento, compete a la convicción del corazón y a la experiencia personal.

### *Por la acción*

Pero el acompañante no se contenta con hablar, él también obra, y de muchas maneras; raramente de manera directa. Su función consiste más bien en estimular al acompañado mismo, a la acción. Rafael propone hablar al padre de Sarra para hacer valer los derechos de Tobías (ignorados por éste). Pero deja a Tobías el cuidado de ejecutar él mismo la proposición y de tomar la iniciativa para realizarla en el momento oportuno. Es Tobías también, y no Rafael, quien abrirá los ojos del viejo Tobit ciego, aún cuando el remedio fue descubierto y aplicado según las instrucciones de Rafael. La acción del acompañante permanece siempre discreta y oculta.

- La corrección:

San Benito sin embargo subraya un aspecto particular de su función, al que adjudica importancia: la corrección. Cuando se ha establecido confianza mutua, comprometido el camino, y se ha llegado a un acuerdo sobre la meta perseguida, el acompañante, por el hecho mismo de estar al servicio del acompañado, puede tener que realizar actos para enderezar una desviación, o poner término a un mal paso. El acompañante respeta la libertad del acompañado; no lo dirige pero tampoco lo sigue de modo ingenuo o ciego. Lo acompaña manteniendo, incluso afirmando, su propia libertad. Si es necesario, toma posición a fin de despertar la libertad del acompañado para que ella misma se vuelva a ubicar en el eje de su proyecto. No hay presión en el acompañamiento sino más bien, diálogo entre dos libertades.

Para Benito, la corrección tiene siempre un alcance terapéutico. El acompañante es también un médico que, uniendo palabras y hechos, castiga y cura a la vez. La corrección consiste en hacer experimentar al acompañado las consecuencias lógicas de sus elecciones o de sus negativas. Un comportamiento de menosprecio o de orgullo acarreará la puesta aparte (RB,23-24), una cosa ofrecida y no aceptada no será más concedida (RB 43,19), no por represalia, sino porque el capricho o el orgullo son enfermedades que se tratan y pueden curarse si el enfermo tiene la experiencia de la lógica de estrechez y de muerte a que conducen. El acompañante va a provocar esta experiencia. La corrección es como un tratamiento homeopático bien dosificado, vigilado de cerca por el médico, destinado a provocar en el enfermo una reacción saludable proveniente de su propio organismo. De ser necesario, Benito sugiere que el acompañante médico se valga de un acompañante cómplice (el *senpecta*), encargado de sostener y de animar al enfermo en el proceso de reacción provocado por el tratamiento (RB 27). Esta pedagogía terapéutica para sustituir las impotencias del diálogo

seguirá estando siempre regida por la benevolencia y el afecto: *Hay que intensificar la caridad hacia él (RB 27,2-4).*

- La humildad y el ejemplo:

Pero diálogo y corrección sólo darán sus frutos de vida si el acompañante los confirma con su ejemplo. Él mismo debe estar plenamente comprometido en el camino recorrido por su compañero. Está en juego su responsabilidad. Ponerlos en práctica es por otra parte para él el mejor medio para su conversión personal. Benito le recuerda al abad: *y mientras con sus exhortaciones da ocasión a los otros para enmendarse, él mismo va corrigiéndose de sus propios defectos (RB 2,40).*

Una de las formas de su humildad consistirá en prestarse a discusiones o a cuestionamientos. Porque él también busca la luz y, no dispone de ella a priori, como tampoco el acompañado. La confrontación leal, la escucha mutua, harán descubrir a ambos la voluntad de Dios (RB 68). El acompañante puede también ser llevado a obedecer al acompañado, o a asociar a otras personas en su itinerario común. Al fin del viaje, Rafael no duda en ejecutar las órdenes de Tobías, en informar a Gabael y en invitarlo a compartir la alegría de la fiesta (Tb 9,3-6). El acompañamiento descentra de sí mismo a aquel que lo practica.

Acompañar, instruir y corregir a otros supone ante todo, en primer lugar, la conciencia de la propia fragilidad personal (RB 64,13). El acompañante debe saberse débil y aceptar que el acompañado lo sepa también. Benito no teme recordarle que él está expuesto más que otros, al fariseísmo o a la hipocresía: *Haz lo que ellos dicen, pero no hagas lo que ellos hacen (RB 4,61; cf. Mt 23,3).*

- La misericordia y el respeto:

Apoyado en esta conciencia de su propia debilidad, el acompañante desempeña su función de testigo de la bondad de Dios ejercitando la misericordia y practicando el perdón (RB 7,45). La experiencia de su fragilidad personal lo vuelve prudente hacia la de los otros y lo inclina a la indulgencia: *Haga prevalecer siempre la misericordia sobre el rigor de la justicia, para que a él le traten de la misma manera [...]. No pierda nunca de vista su propia fragilidad y recuerde que no debe quebrar la caña hendida (RB 64,10-12).*

Su acción es inspirada sobre todo por el respeto: respeto del acompañado y respeto de los demás, que él le inculca, porque el acompañado no puede poner en práctica sino lo que ha recibido y visto practicar en el acompañante mismo. El respeto del acompañado consistirá a menudo en prevenir sus faltas, en imposibilitar –de ser necesario– las posibles desviaciones vigilando, por ejemplo, en proveerlo de todo lo necesario e incluso un poco más, para evitarle la tentación de la envidia o de la posesión (RB 55,18). El respeto consistirá también, muy normalmente, en una actitud de atención, en un comportamiento lleno de consideración que honra al acompañado, quienquiera que sea, y según lo que es: huésped forastero o hermano, joven o de edad (RB 53,2; 63,17; 72,4). Rafael atrae la atención de Tobías sobre la debilidad de su anciano padre y le sugiere tomar la delantera para ir a su encuentro, pues está preocupado (Tb 11,2). Formas simples y cotidianas del acompañamiento, tan fecundas como muchas otras...

### **Por la oración**

Por último y por encima de todo, el acompañamiento se apoya en la oración y se ejerce por medio de ella. Para san Benito, la oración es el primer paso de esta actividad porque *desbarata los artificios del demonio (RB 53,4)*. Ella es también el último recurso de un acompañamiento que se estanca. Cuando el acompañante choca con la obstinación o con su propia impotencia, *si ve que no consigue nada con sus desvelos, recurra también a lo que es más eficaz: su oración personal por él junto con la de todos los hermanos, para que el Señor, que todo lo puede, le dé la salud al hermano enfermo (RB 28,4-5)*. Porque el acompañamiento no es solamente una actividad privada estrictamente personal; pone en práctica una solidaridad con toda la comunidad creyente que se vive en y por la oración.

Del comienzo al fin del itinerario, el acompañante no cesa de incitar al acompañado a la oración. Ante el peligro, ésta dirige y sostiene todos los esfuerzos para estar preparado para enfrentarlo. Es a la oración a lo que recurren Tobías y Sarra por consejo de Rafael en el momento de unirse. Pedido de gracia y de protección, antes; alabanza y bendición después: la totalidad del camino se desarrolla bajo la luz divina. La función del acompañante es siempre remitir todo a Dios. Rafael introduce a Tobías y Sarra en una alabanza que ya no debe detenerse: *Benedicid a Dios y proclamad ante todos los vivientes los bienes que os ha concedido, [...] Manifestad a todos los hombres las acciones de Dios, dignas de honra, y no seáis remisos en confesarle. Bueno es mantener oculto el secreto del rey y también es bueno proclamar y publicar las obras gloriosas de Dios. (Tb 12,6-7)*. Hay en el acompañamiento una dimensión misteriosa y secreta de la que no es posible dar cuenta. Es signo de lo que no pertenece más que a Dios. Se juzga por sus frutos. Sólo se puede dar testimonio y dar gracias en esa expresión suprema de la oración que es la alabanza.

### **Acompañar, ¿hasta dónde?**

En cuanto no pertenece más que a Dios, la actividad de acompañar a un hermano o a una hermana no conoce límites. En cuanto es una actividad humana, es preciso reconocer sus límites y plantearse los.

#### **Hasta la muerte**

San Benito prevé que los monjes perseveren en el monasterio hasta la muerte (*RB, Pról. 49; 7,34.36*) militando bajo una regla y un abad (*RB 1,2*). El que quiere seguir a Cristo nunca “llegó” mientras dure su vida en la tierra. Siempre sabe que tiene necesidad del otro y de los otros. Es imposible ir a Dios totalmente solo, sin estar en cierto modo “acompañado”. Esa es la Iglesia. Considerado desde este ángulo y desde el punto de vista del acompañante como testigo de la misericordia de Dios, el acompañamiento no tolera límites puesto que debe imitar el ejemplo del Buen Pastor que abandona las noventa y nueve ovejas de su rebaño para buscar a la única perdida (*RB 27,8*).

#### *Los límites de la libertad*

Pero el amor de Dios respeta siempre la libertad de aquellos a los que se dirige. El acompañamiento debe respetarla también. San Benito define las fronteras que no hay que franquear. A quien se presenta al monasterio, pide que *no se le conceda fácilmente la entrada (RB 58, 1)*. Así pone en guardia a la vez al acompañante y al acompañado contra el riesgo de un apresuramiento demasiado grande en ponerse en camino. Es Dios quien es el señor del camino. La reserva del acompañante aplica de inmediato un primer discernimiento que pone a prueba al acompañado. A continuación, es este último, y no el acompañante, quien decidirá o no si persevera en el camino. Benito vigila para que su libertad le sea regularmente recordada: *eres libre de retirarte (Rb 58,9-16)*. Pero si, a lo largo de la ruta, el acompañado opone una resistencia obstinada en la actividad en la que se ha comprometido libremente, el acompañante no dudará en *tomar el hierro de la amputación, para que una oveja enferma no contamine a todo el rebaño (RB 28, 7)*. Por respeto de su verdadera libertad, vale más interrumpir el camino.

#### *Desaparecer*

El acompañamiento conduce al acompañado a reconocer la presencia de Dios en sí mismo y a volverse dócil a su acción. Cuando sus ojos se han abierto a esa presencia y cuando la acción de gracias ha entrado en su vida, el acompañante puede desaparecer. Lo debe hacer



porque su misión está cumplida. No está allí por sí mismo sino que está al servicio de otra presencia que, ella sí, debe tomar todo el lugar. Rafael se despide de Tobías en estos términos: *Si he estado con vosotros no ha sido por pura benevolencia mía hacia vosotros, sino por voluntad de Dios. A Él debéis bendecir todos los días, a Él debéis cantar [...] Y ahora bendecid al Señor sobre la tierra y confesad a Dios. Mirad, yo subo al que me ha enviado.* (Tb 12,18).

El acompañante, como el ángel, no es más que un servidor, al servicio de uno más grande que él.

\*

\* \*

El acompañamiento compete a la vida mucho más que a una teoría o una doctrina abstracta. Su fuente de inspiración es la Palabra de Dios, su guía la caridad apoyada en la libertad, y su instrumento de elección el buen sentido, primer órgano humano del Espíritu Santo. Su único objetivo, la vida verdadera y los días felices. Al contemplar la historia del joven Tobías, uno comprende que el acompañamiento bajo la luz de Dios conduce mucho más allá del término del itinerario tal como puede ser considerado por anticipado, por importante o válido que sea. El acompañamiento es una obra de salvación. Arranca de la muerte. Sus efectos benefician al interesado a todo lo largo de su ruta, se extienden también a sus personas próximas para proporcionarles la curación y la paz. El que acompaña lleva a cabo una misión ante la cual su principal responsabilidad es desaparecer. Él no tiene ni que programar ni que medir los frutos de su acompañamiento, porque éstos superan infinitamente todo lo que puede prever o desear, como superan también todo lo que el acompañado podía imaginar. Sólo Dios es señor de la vida y la verdadera vida es siempre gratuita. Acompañante y acompañado son a la vez los testigos y los beneficiarios del acompañamiento.

*Monastère de Notre-Dame  
rue du Monastère, 1  
B – 5644 Ermeton-sur-Biert  
Belgique*